

Un grito de guerra por la vejez

Lidia Ravera no se anda con chiquitas. Las suyas son «Palabras mayores» dedicadas a reivindicar la inteligencia, el humor y el placer del cuerpo más allá de la edad y las arrugas.

Cada noche, Lidia se sube a la báscula y anota con meticulosa obsesión las sutiles variaciones de su peso. Tiene 74 años y, al levantarse por las mañanas, se coloca frente al espejo y busca siempre la luz más cruel, aquella que resalte con inclemencia las señales de la edad en su rostro. La mejilla vacía, marcada por las huellas del tiempo. El párpado que se afloja y echa a perder la almendra de los ojos. Los hombros que se inclinan hacia delante, como si quisieran proteger los pechos. Le gustaría que ese paisaje desolador no le importara, pero le importa. Y mañana le volverá a importar, como ya le importó ayer.



Diseño de cubierta de Lola Vendetta

Ella, como tantas otras mujeres, sigue presa de las obligaciones que impone la mirada masculina: la piel debe ser tersa; los pechos, firmes; la espalda, recta. No importa la edad, una debe ser siempre joven. Y, sin embargo, la vejez hoy en día es un fenómeno de masas: casi un 23% de la población española supera los 65 años. A mitades del siglo XX, aventurarse más allá de esta cifra era una rareza, pero hoy, por primera vez, quienes llegan a los 60 tienen por delante tres décadas de vida que sus antepasados no conocieron.

¿Por qué, entonces, nos siguen pensando —sobre todo a nosotras— como mercancía caducada? ¿Por qué se siguen escandalizando que los ancianos tengamos deseo sexual? ¿Por qué, en suma, seguimos pensando que llegar a los 65 años equivale a jubilarse, no solo del trabajo, sino de la vida? Lidia Ravera está acostumbrada a estas preguntas, a verlas en las miradas condescendientes de la gente, en ciertos gestos y silencios incómodos con los que los otros le dicen que ya no encaja: no deberías estar en esta fiesta, no deberías juntarte con gente joven, no deberías mirar con deseo. La vida para ti ya pasó. Estás en el tiempo de descuento.

Palabras mayores es una respuesta —llena de rabia, humor y literatura— a esos prejuicios. A la vez autobiografía intelectual y manifiesto, Lidia indaga en su propia relación con la vejez —que la obsesiona desde los 28 años— y llama a la rebelión contra el edadismo y la tiranía de la juventud obligatoria. Es necesaria, nos dice, una transformación radical: los llamados «viejos» deben empezar a pensarse como sujetos de deseo y juego para reivindicar sus derechos políticos. Solo así podrán habitar una ancianidad distinta, más libre, más humana.

Para ello, propone empezar a pensar la vejez como «tercer tiempo» (en vez de la estigmatizada «tercera edad»): un espacio vital, social y político que abarca de los sesenta a los noventa años. Lejos de ser una sala de espera para el final, el tercer tiempo es un territorio salvaje y deshabitado que la generación de los baby boomer debe aprender a colonizar.

Siguiendo la tradición de autoras como Vivian Gornick y Virginie Despentes, Ravera convoca con este libro a todas aquellas de nosotras que, llegadas a la madurez, redescubrimos nuestro cuerpo y nos negamos a esconder las arrugas. A aquellas que pensamos que, por más que diga el número, aún nos queda mucha vida por delante. Y que, ante el espejo, cada mañana, le decimos al reflejo: sí, soy vieja, ¡y a mucha honra!

Lidia Ravera

(Torino, 1951) es periodista y escritora. Alcanzó la fama en 1976 con su libro «Porci con le ali», fenómeno editorial que vendió más de 3 millones de ejemplares y fue el manifiesto de toda una generación. Ha escrito más de 30 obras de narrativa y ensayo, y ha publicado en sellos de inmenso prestigio como Bompiani y Einaudi en Italia y Seix Barral y Destino en España.



Yo exijo [Extracto]

1. Que no me discriminen por el hecho de no ser ya una persona joven. Los seres humanos no pierden valor con el paso del tiempo. No somos como esas lechugas que en un santiamén pasan del tenderete de fruta y verdura, listas para ser saboreadas, al cubo de la basura por considerarlas no aptas para el consumo.
2. Que no me obliguen a comportarme, vestirme, hablar, actuar y relacionarme de acuerdo con unas etiquetas que el ciudadano de a pie atribuye a la edad avanzada.
3. Que no me critiquen o ridiculicen si no sigo el guion previsto para las «viejas».
4. Que me respeten y traten con una atención proporcional a la altura, el peso y la riqueza de mi pasado. Es decir, mucha.
5. Que se me deje libre de mantener relaciones con personas más jóvenes, sin sentirme como la convidada de piedra en una fiesta.
6. Que se me permita mantener relaciones con personas mayores que yo (¿cuarta edad?) sin tener la sensación de asomarme a un abismo o de estar tomando ya las medidas de mi ataúd como próximo y cercano destino.

7. Que se me libre de la humillación de los estereotipos que desvalorizan esta parte de la vida: no soy avara ni envidiosa, no soy mordaz ni atontada, no he perdido la cualidad de ser curiosa y apasionada. Sé utilizar ordenadores, iPad y teléfonos móviles, y si no paso el día entero metida en las redes sociales es solo porque tengo un montón de otras cosas por hacer o porque tengo cosas mejores que hacer.
8. Que nadie me considere una excepción por el hecho de no ser avara, envidiosa, mordaz, atontada, inerte, deprimida y derrotada. Somos muchas. Como yo las hay a montones.
9. Que se me trate con los mismos miramientos reservados a un grupo de población muy numeroso. Conformamos el 22 por ciento de la población europea y este porcentaje va en aumento. No hablo solo de cifras: somos una fuerza, y somos un problema político.
10. Que se me considere con la atención que merezco por parte de los políticos: el hecho de prolongar las expectativas de vida es un progreso, pero para poder disfrutar de esta mejora hace falta redibujar la sociedad, volver a definir las franjas de edad, trabajar para un concepto de bienestar que tenga en cuenta la dimensión masiva del envejecimiento. Hay que crear oportunidades de trabajo y de realización personal, inventar nuevos estilos de vida, construir edificios comunitarios que resulten confortables, poner otra vez en valor competencias adquiridas con el paso de los años, aprender a hacer buen uso de ellas. No quiero que mi mensaje resulte amenazante, pero somos muchas. Y somos, como se decía hace años utilizando una palabra sin ninguna gracia, «politizadas» desde que teníamos dieciséis años. Estamos acostumbradas a detectar problemas, incluso los menos evidentes, y a ponernos en marcha para resolverlos. Estamos acostumbradas a negociar con la política. Ahora es la política la que tiene que negociar con nosotras.

Viaje a España

Lidia Ravera nos visitará en España, invitada por CaixaForum, a dar un ciclo de conferencias sobre la vejez:

- 9 de junio, Madrid
- 10 de junio, Valencia
- 11 de junio, Barcelona

¡Os esperamos!

LASULLIVAN



CaixaForum